



NÚMERO 817

19 DE ABRIL DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 5.-Sombrosos de tarde



6 a 9.—Sombreros serios

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Tres mujeres, tres dolores. — La muerte del héroe. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias. GRABADOS. — I a 5. Sombreros de tarde. — 6 a 9. Sombreros serios. — 10 a 12. Trajes de niñas. — 13 a 15. Trajes de luto. — 16 a 18. Trajes de hechura de sastre para señoritas. — 19 y 20. Traje de comunión y patrones del mismo.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Trajes de primavera.

I. *Traje* de paño ligero, guarnecido de bieses de tafetán escocés el cuerpo, los bordes de las mangas y la túnica. Ancho cinturón drapeado. Peto y cuello de organdí bordado.

II. *Traje* de jerga muy fina. Alto cinturón adornado de trenillas negras y orlado de botones de pasamanería. Borde del escote y de la sisa también guarnecido de una trenilla negra. Peto, cuello y mangas de tul de color tostado.

III. *Traje elegante* de muselina listada. Larga túnica muy ancha, sujeta al talle por un ancho cinturón drapeado, de raso. Peto de tul.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

I a 5. SOMBREROS DE TARDE.

I. *Sombrero* de paja negra, con un borde de ala de terciopelo. Copa cubierta de plumas de fantasía negras. Adorno de alones negros.

II. *Toca* de raso blanco, con copa de raso flexible, adornada con una corona de grandes margaritas de terciopelo negro y de una pluma de ave del Paraíso negra, prendida a un lado.

III. *Gran sombrero* de paja de arroz negra, siendo de terciopelo la parte interior. Casco cubierto de plumas de fantasía blancas.

IV. *Sombrerito* de paja de color azul rey, con el borde muy estrecho, adornado de una pluma de avestruz blanca, ligeramente arrollada, cayendo sobre la oreja derecha. Un pequeño lazo de raso sujeta el pie de la pluma en el delantero.

V. *Sombrerito* de paja negra con copa de raso, guarnecido de fantasías negras.

6 a 9 SOMBREROS SERIOS.

I. *Sombrero* de paja negra muy brillante, con los bordes ligeramente arrollados sobre la copa; plumas de avestruz, graciosamente prendidas, sobrepasan adornándolo con exquisita elegancia.

II. *Sombrero* de paja negra de hechura de toca. Casco de piel de seda; un ancho galón de tul, bordado de lentejuelas y perlas, orla el *passé*. Dos pequeñas alas, igualmente bordadas de lentejuelas, van colocadas, bastante elevadas en la parte de atrás.

III. *Sombrero* de mucho vestir. La forma es de paja muy

fina negra y muy alta, descubriendo perfectamente el rostro. Casco de tafetán. Dos pequeños penachos guarnecen el contorno, y otro muy lindo va prendido en el delantero.

IV. *Sombrero* de vestir también, forma toca, de paja muy fina negra, guarnecida de un bies de raso, con la copa igualmente de raso, y dos lindos penachos negros.

10 a 12. TRAJES DE NIÑAS.

I. *Abrigo* de terciopelo de lana color de tilo. Cuello y solapas de raso negro. Botones de asta.

II. *Gracioso traje* de fulard azul antiguo. Cuello y solapas de seda blanca, con pequeños botones de color azul antiguo. Ancho cinturón de terciopelo negro.

III. *Traje* de crespón color de frambuesa, guarnecido de calados. Cuello y mangas de crespón blanco. Falda de crespón blanco plegado. Botones de color de frambuesa.

13 a 15. TRAJES DE LUTO.

I. *Traje* de cachemira. Ancho cinturón de crespón inglés drapeado. Bieses de crespón en el cuerpo y en la falda. Cuello y borde de las mangas de crespón inglés.

II. *Traje de señorita*, de jerga muy fina. Peto, cuello y mangas de crespón inglés. Falda plegado, orlada de bieses de crespón inglés.

III. *Traje* de paño ligero, con solapas, cuello y borde de la falda de crespón inglés. Peto de velo Ninón, y pequeños botones de azabache. Larga túnica acanalada.

16 a 18. TRAJES DE HECHURA DE SASTRE PARA SEÑORITAS.

I. *Traje* de tela listada, adornado con solapas de tela lisa. Falda montada a tablas delante y detrás. Botones y cinturón de pasamanería.

II. *Traje* de gabardina. Cinturón respunteado, con bolsillos figurados, sujetando una ancha tabla detrás. Solapas de raso. Falda muy ancha, acanalada.

III. *Traje lindísimo* de lana a cuadros, guarnecido de trenillas negras. Pliegues en la chaqueta y en la falda. Cuello, bolsillos y solapas de tela lisa, orlada de trenillas.

CRÓNICA DE LA MODA

Además de las bolsas de moaré, terciopelo o pieles finas, la moda favorece más y más la escarcela un poco alargada, y que entre las manos de algunas trabajadoras hábiles llegan a ser verdaderas obras maestras de bordado, en que se mezclan del modo más acertado las sedas de color con los galones de plata y oro.

Nuestras lectoras quedarán seguramente sorprendidas de la antigüedad de esta prenda (que a veces se encuentra en manos de hombres) al leer los interesantes párrafos que siguen:

¡No hay nada nuevo bajo el sol! En Nínive hubo bolsas o escarcelas que tenían un sorprendente parecido con las bolsas que usan nuestras elegantes del siglo XX; así lo demuestran algunos bajo relieves.

Queda, pues, comprobado que la escarcela que actualmente conocemos con el nombre de *reticule* o *rediculo* remonta hasta la más remota antigüedad.

La idea de los bolsillos es muy antigua, ya que se encontró un *bliant* del siglo XI, provisto de ellos. Se trata de un *bliant* de seda adamascada que había pertenecido al emperador Enrique II, y que se con-

serva en el Museo Nacional de Munich. A partir del siglo XIII, son varios los escritos que los mencionan bajo el nombre de *ponge*, *pouche* o *puissette*, y a pesar de ser limitado entonces su uso, siguen formando parte del traje.

Del XI al XII siglos, el pantalón de hombre carecía de bolsillos donde guardar el dinero; el traje interior quedaba apretado en el talle por un cinturón, del que pendían la bolsa, las llaves, el cuchillo y la pluma, si se trataba de un hombre de leyes.

Un cinturón parecido llegó a ser para la mujer un objeto de lujo, del que colgaba sus bolsas, que, según la forma y el tamaño, se designaron con los nombres de *bourselot*, *goule* (limosnero, escarcela).

El limosnero fué especialmente del uso de las damas ricas y nobles, que le llevaron ricamente adornado. La escarcela fué la bolsa usual, que llevaban todos, cualquiera que fuese la clase social a que perteneciesen (desde al rey al villano).

Antes de que los cruzados y peregrinos emprendiesen su marcha, no omitieron hacer bendecir en la iglesia su báculo y su escarcela, y el mismo San Luis cumplió esta piadosa ceremonia.

La escarcela desempeñó también un papel en la vida civil: el que hacía cesión de bienes a causa de deudas, se despojaba delante de sus jueces de sus llaves y de su escarcela.

Cuando una viuda renunciaba a la herencia de su marido, desataba su escarcela.

En la Edad Media se hacían bordar sobre el limosnero divisas como ésta: «Más que doy, más que fluye».

Hacia el fin del siglo XII, las mujeres colgaban el limosnero de la cintura, y hasta el siglo XIV, se le consideraba como el complemento indispensable del traje diario.

Fué un pequeño saco provisto de dos cordones correderos para cerrarlo y que caían de los dos lados; otro servía para suspenderlo y mantener cerrada la abertura.

Su nombre de limosnero provenía de que en esta clase de sacos solía guardarse la moneda pequeña destinada a limosnas.

En el siglo XIII, estos limosneros aparecían ricamente adornados; los bordados representaban a menudo escenas galantes y aun se empleaban en el adorno piedras bien labradas.

Los orientales usaron esta clase de saquitos, que a raíz de las cruzadas se divulgaron por Europa, don-



10 a 12.—Trajes de niñas

de fueron imitados bajo el nombre de limosneros sarracenos. Los industriales que se dedicaban a la confección de limosneros, formaron en París una corporación importante. La pieza se llamaba indistintamente escarcela o cacerina; se hacía también de cuero para uso de la gente menestrala.

Hasta el siglo XVII, se mantuvo el uso del limosnero. La denominación *escarcela* procedía de la palabra *escars* (avaro). Al principio, la escarcela estaba reservada para el uso de los mensajeros y peregrinos. Diferencias: el saquito suspendido de la cintura era la escarcela; el limosnero se llevaba en la mano (1).

El limosnero, la escarcela, la cacerina, la bolsa, fueron el complemento indispensable del traje de ambos sexos durante la Edad Media. Todo el mundo, campesinos y mensajeros, llevaba uno u otro de estos objetos. A partir del siglo XIV, aquéllos añadieron aún la daga con puño y hoja fuerte, y los peregrinos guardaban en su cacerina y en su escarcela, no solamente los utensilios que les hacían falta, sino también el alimento para todo el día.

Las escarcelas muy pequeñas, conocidas con el nombre de bolsitas, contenían la moneda pequeña; se las llevaba colgantes de la cintura, como las otras, o también en el bolsillo, y asimismo servían para contener reliquias.

El uso del pequeño saco con cordones correderas, antes citado, perseveró durante el siglo XVI. Más tarde los limosneros aparecieron enriquecidos con vistosos cierres de hierro, de plata y hasta de oro, que llegaron a ser valiosos por el material y el trabajo. Las damas las bordaron con sus propias manos. Para recompensar algún servicio del escudero, se le entregaba la bolsa junta con el dinero.

Durante las épocas de eclipse de la escarcela, desempeñaron las funciones de ésta el cinturón, la ca-

peruza, el sombrero y las mangas anchas, ahuecadas, llamadas *bolsillos*. Durante el reinado de Carlos IX, éstas tuvieron tanta aceptación, que hacia el fin del reinado de Enrique III, cayó en olvido la escarcela. Sin embargo, la manga ahuecada no tardó en ser sospechosa como posible receptáculo del puñal y de la pistola.

Una orden del año 1563 prohibió expresamente guardar las mencionadas armas dentro de las mangas. Entonces se puso a contribución la bragueta, luego se hicieron bolsillos en las mangas del jubón y, en cuanto la autoridad dejó de vigilar severamente para el cumplimiento de la ley, las mangas se convirtieron de nuevo en bolsillos.

Hasta el fin del siglo XVI, se llevaron en una escarcela los sellos de los reyes al asistir éstos a algún acto solemne.

La escarcela de aquellos tiempos solía ser cuadrada abajo y de lados paralelos; en cuanto presentaba la forma redonda, siendo más ancha abajo que arriba, tomaba el nombre de bolsa o «bolsita» *à cul de vi-lain*. Esta última forma fué la favorecida por las damas hacia el fin del siglo XVI.

Terminaremos estas noticias en la siguiente crónica.

CONSEJOS ÚTILES

He aquí las conclusiones a que llega el doctor Jorge Meunier en su obra titulada *Las víctimas del régimen lácteo*:

El niño sólo debe alimentarse de leche y sus preparados, y el adulto sólo debe tomar leche en algunas raras enfermedades perfectamente definidas.

La leche es un alimento y no una bebida, y exige, por consiguiente, un trabajo digestivo que sólo puede llevar a cabo un estómago y un intestino en buen estado de salud.

La leche no puede ser bebida por los niños, sino mamada, de modo que la saliva pueda empezar en la boca el trabajo de la digestión.

La mayor parte de los medicamentos producen escaso o ningún efecto terapéutico cuando se toman simultáneamente con la leche.

La leche, lejos de ser una panacea universal contra todas las enfermedades, es, en ciertos casos, muy perjudicial, particularmente en las manifestaciones febriles en que la dieta es de rigor.

Importa beber la leche muy lentamente, teniendo cuidado de que haya, entre cada comida de leche, un espacio de tiempo suficiente para la digestión.

Debe fijarse mucho la atención en la procedencia de la leche, pues su composición varía según la alimentación de los animales que la segregan; es preocupación muy arraigada y extendida la de que la leche es mejor cuanto más manteca contenga, cuando esta leche se obtiene precisamente suministrando a las vacas alimentos fermentables, y es sumamente indigesta.

TRES MUJERES, TRES DOLORES

Llora, llora, mujer; llora sobre tu hogar deshecho, sobre tu huertecillo pisoteado, sobre tu aldea incendiada y arrasada.

Llegó el enemigo, y apenas si tuviste tiempo para huir con tu hijo más pequeño en brazos. Tu marido y los hijos mayores estaban ya en la guerra. De tus hijas, llenas de susto y escapadas ante el invasor, cada una por su lado, no sabes nada. Y ahora, tú, erguida en medio de los campos, abrazada al único tesoro que pudiste salvar de la catástrofe—el hijo

(1) Los guantes, el dinero y el pañuelo tenían su sitio en la escarcela. (Racinet.)



13 a 15.—Trajes de luto

más pequeño—, te preguntas enloquecida y muerta:
—¿Adónde ir?...

Ilumínase el horizonte con lívidos resplandores de incendio, óyese a lo lejos el trueno incesante del cañón, flota en el aire vaho de odios, vaho de san-

gre..., y hay árboles desgajados, y rieles arrancados, y vallados rotos, y zanjas siniestras.

—¿Adónde ir?...

Tu vida, oh mujer, reflejaba la paz y la serenidad de los remansos, en tu huerto había siempre flores, en tu casa había siempre amor. Eras como la vida abundante en racimos, y tus hijos como los renuevos del olivo en torno de tu mesa, y tu marido como

el noble y fuerte muro que defiende la lozana heredad. ¡Cayó el muro, talaron los olivos, se dobló la vida!

¿Dónde habrá una ciudad lejana en que buscar un techo? ¿Dónde un rincón de tierra en que arraigar de nuevo? ¿Dónde un campanario y una cruz



Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

Reproduction Prohibida

XXIX - 817

ESTREÑIMIENTO SUPOSITORIOS CHAUMEL

para Adultos, y para Niños.
Infalibles; efecto producido en media hora.
FUMOUE - PARIS, y en todas las Farmacias del Globo



La "CRÈME SIMON", Es un producto maravilloso para el cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo à la "Crème Simon".

Ayuntamiento de Madrid





16 a 18.—Trajes hechura sastre para señoritas

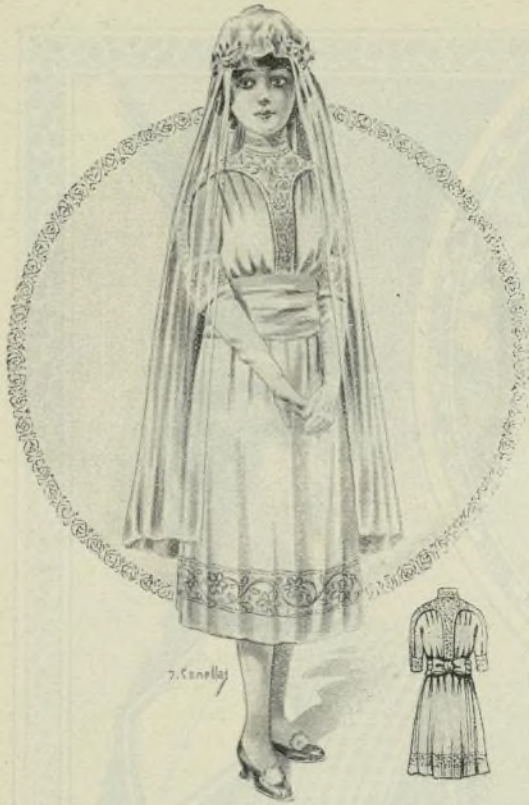
que proyecten duradera y bienhechora sombra de consuelo por encima de tan fieros dolores? .. Sin familia, sin patria, sin hogar, sin suelo propio, todos los caminos, oh víctima infeliz de absurdas luchas, se abren ante ti. Sigue el que quieras. Todos serán

de espinas y de llanto y de destierro; por todos irás arrastrando tu agonía, tu agonía no menos dolorosa, pero sí más lenta que la que hace caer los hombres en plena y brutal acometida.

Sufre, sufre, mujer; sufre y suaviza con el óleo

fino de tu compasión, las heridas que los hombres se hacen. Sin ti, ¿qué sería de ellos?...

Vivías rica, vivías dichosa, no sabías de dolores grandes, ni siquiera presentías huracanes de destrucción. Eras dichosa. Gozabas de todo cuanto el



19.—Traje para comunión

De nansú o de étamine blanco, con adorno de algodón perlé blanco bordado sobre el mismo vestido. — La faja indicada debe ser del mismo género del vestido.

mundo te ofrecía de risueño, de dorado y de bello.

Y he aquí que ahora estás vestida como una Hermana de la Caridad, y nimba tu rostro una toca blanca, y florece en tu pecho una cruz roja, y has trocado tu palacio fastuoso y tu habitación cómoda por la triste ambulancia, y te pasas las horas inclinada sobre llagas monstruosas.

¿Cómo se operó el cambio? ¿Cómo surgió la santa maravilla?

Se encendieron los primeros odios, y, contra la infernal llama, brotó pujante la fuente inagotable de heroísmo que en todo corazón de mujer late guardado, heroísmo tanto más puro y grande, cuanto que es femenino. Y eso fué todo.

Y cuando los hombres han saciado sus rabias entre ellos, no saben sino volver sus ojos hacia ti, mujer buena, y acudir a tus brazos en hórrida procesión de cuerpos destrozados, de muñones sangrientos, de rostros sin figura, de espíritus inertes.

Y tú acoges y amparas y consuelas, y posas tus manos suaves sobre las negras llagas, y prodigas tus palabras más dulces, y te inclinas con ternuras de madre sobre los grandes niños que gimen en los lechos, y les hablas de su país y de lo que ellos aman, y velas junto a ellos, y, si mueren, cierras pía sus ojos, y eres tú la primera en rezar por sus almas.

Sufre, mujer, y ofrece tu caridad bendita y tus secretas lágrimas y tus naturales repugnancias vencidas, ofrece todo ello que es grande, digno y puro, en holocausto al cielo por la paz.

Fatígate, mujer, fatígate, y consume tus energías y tu salud entera en esa labor ruda y mal retribuida.

Tú no eres hija de las naciones que luchan y se matan, tú vives en un pueblo neutral...

¿Te bastaba eso para vivir en calma?

Tu marido te ha dicho:

—Por causa de la guerra, ha disminuído el quehacer y he sido despedido de la fábrica...

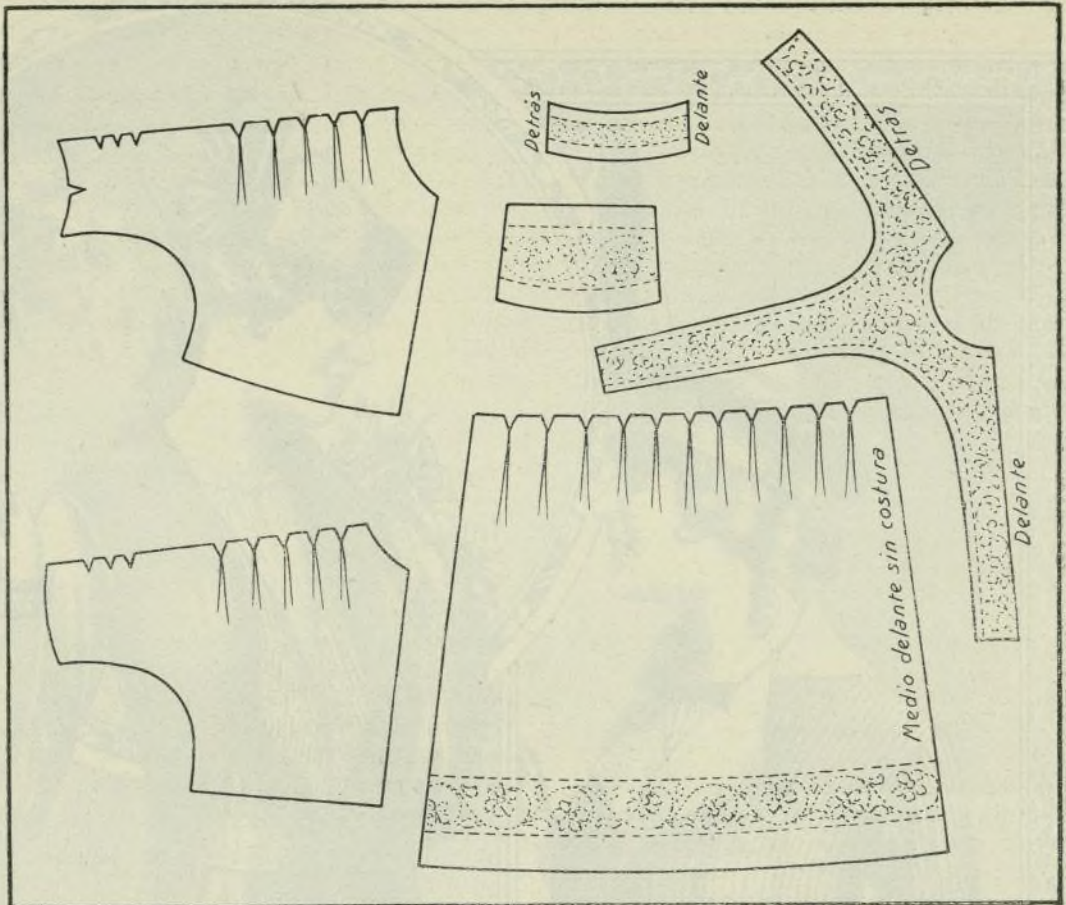
El tendero te ha dicho:

—Por causa de la guerra, hay que subir los precios...

Tus dos hijas, que trabajaban en el mismo taller, te han dicho:

—Por causa de la guerra, han dispuesto los amos que sólo vayamos a trabajar por la tarde, y más adelante será peor acaso...

La encargada que te da labor para coser en casa, te ha dicho también:



20.—Patrones del traje para comunión

—Por causa de la guerra, le pagaré veinte céntimos menos; así es que, en vez de setenta y cinco céntimos por docena de prendas, cobrará usted cincuenta y cinco...

Has alzado las manos protestando.

La encargada ha insistido:

—Si no le conviene a usted, lo deja... No faltarán quienes hasta por menos coserán la docena...

Has cruzado las manos y te has sometido.

Fatígate, pues, consuétete, mujer, como una es clava.

¿No sientes cómo pesa sobre tus hombros frágiles la mortal injusticia de luchas espantables, el odio de los campos de batalla, la maldad de los hombres?... No está tan lejos de tu hogar la guerra...

Y si quieres comer, contén el llanto, pues no te dejarían trabajar con la aguja los ojos enturbiados por la pena.

J. LE BRUN.

LA MUERTE DEL HÉROE

La tarde es plácida y hermosa. El jardín está rodeado por la gracia pensativa de los cipreses, que por virtud mágica durmieran dulcemente sobre sus pesadas envolturas de follaje.

En el banco de piedra, que reposa su suerte sobre el verde césped, junto a la fuente, sentados y cogidas sus manos con ternura, están dos novios. Sus labios susurran sin cesar, y sus almas parecen unidas en estrecho abrazo. Ellos son Germán Wilde y Solange Leverrier. Jóvenes, hermosos, buenos, se aman con entrañable pasión. La suerte los ha destinado el uno por el otro, para ser partícipes de la mayor felicidad.

Juntos se levantan del banco y caminan pausadamente por el jardín.

—¡Oh Germán de mi alma! ¡Qué horrible separación, y cuando sólo faltan ocho días para nuestra boda!

—Sí, a ocho días de nuestra eterna felicidad. Pero, no llores. Cálmate, Solange mía; comprende que no será eterna nuestra separación.

—¡Que Dios te ampare, Germán! Sólo en Él confío, sólo en Él que es omnipotente y velará por ti. ¡Pero la guerra...! ¡Qué horrible debe ser la guerra! ¿Verdad? ¡Yo no quiero perderte, Germán! ¡Yo no quiero que me abandones para siempre! ¡La vida sin ti me sería imposible! ¡Oh!; pero tú volverás... ¿Verdad que volverás?

—Sí, Solange mía, volveré para no separarme jamás de ti. Para celebrar ante Dios nuestros esponsales, y para vivir siempre juntos y felices los dos!

Después vienen palabras dulces y tiernas, juramentos de amor eterno, lágrimas y resignación... Solange quitándose del pecho una pequeña cruz de oro con la imagen del Redentor se la da a Germán. Éste entrega a su prometida un medallón con su retrato, en el que se lee en caracteres imborrables: «Estando siempre juntos, aunque la guerra nos separe.»

Germán Wilde está allí, en lo más recio del combate. Lucha como bravo, se alienta con el recuerdo de su amada, cree salir salvo de la pelea, en donde han caído para siempre multitud de buenos compañeros.

La guerra se hace cada vez más horrorosa. Las noticias que llegan son contradictorias. Solange está nerviosa, desesperada y poseída de esa impaciencia que se experimenta cuando se ignora la realidad. Aprovechando la salida de un convoy, una mañana de risueña aurora, suave y serena, partió mustia y llorosa al campo de operaciones en calidad de enfermera. Su alma impaciente siente ansias por saber la suerte de Germán; pero Germán ha caído en lo más encarnizado del combate para no levantarse jamás.

Solange recorre nerviosa, impaciente, el campo en donde se encuentran tendidos innumerables cuerpos, muertos unos, heridos otros, agonizantes los más. Auxilia a los que encuentra a su paso. Da un último consuelo a los moribundos y una oración por el alma de los muertos.

No encontrando a Germán, pregunta por él a un joven teniente:

—¿Sabría darme razón de Germán Wilde?

El teniente no responde, baja la mirada y extendiendo el brazo exclama:

—Allí está, señorita.

—¡Oh!, dígame usted... No me engañe usted, por Dios se lo pido... ¿Vive él?... ¿Cómo no responde usted?

Y el teniente, quitándose el kepi, exclama:

—¡Germán Wilde fué un héroe!

Solange se lleva las manos a la cabeza, corre, parece loca, llega junto al cuerpo inanimado de Germán, se agacha, toma con efusión sus manos, besa con pasión su frente y cae después sin sentido junto a él.

Algún tiempo después la infortunada Solange, la

que debió ceñir en su frente la corona de desposada, la joven para quien la suerte fué tan injusta, viste el hábito de Hermana de la Caridad, el santo hábito que ostentan tan místicamente esas virtuosas mujeres que tantos bálsamos derraman sobre los corazones, y que quién sabe por qué secreto arcano han dedicado su vida a servir a los que sufren.

Solange Leverrier en sus cotidianas oraciones tiene siempre un recuerdo para las víctimas inocentes de la maldita guerra: y su corazón, lleno de fe y de resignación, exclama con amor: «¡Ampáralos, Señor!»

Cuando pienso en tantas vidas hermosas que el infortunio de la guerra siega en flor, y en tantos cuerpos inanimados como quedan en el campo de batalla, exclamo con el poeta de las eternas rimas: «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!».

LUCY GREY.

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

Había oído los sarcasmos con desdén, y sufrido los golpes sin exhalar un grito, pues sentía desarrollarse en su corazón un sentimiento de orgullo, que le hubiera impedido proferir la menor queja aun cuando le hubiesen quemado vivo; pero en aquel momento hallábase solo, nadie podía verle ni oírle, y cayendo de rodillas con el semblante oculto entre sus manos, vertió un torrente de lágrimas, de esas que siempre deben desearse para bien de la naturaleza, y que no siempre concede Dios a los niños de la edad de Oliverio.

El pobre huérfano permaneció largo tiempo en la misma posición; mas cuando ya iba a extinguirse la moribunda vela, levantóse, miró a su alrededor, escuchó atentamente, y corriendo después con suavidad los cerrojos de la puerta de entrada, miró a la calle.

La noche estaba oscura y sombría; parecióle al niño que las estrellas se hallaban más lejos que otras veces; no hacía viento; pero la sombra de los árboles, proyectándose sobre la tierra con tenaz inmovilidad, tenía algo de siniestro y sepulcral. Oliverio cerró la puerta sin hacer el menor ruido, y aprovechando los últimos destellos de la expirante luz para reunir en un pañuelo los pocos efectos que poseía, sentóse en un banco y aguardó silencioso los primeros albores de la aurora.

Apenas un rayo de luz penetró a través de las hendeduras de la puerta, levantóse Oliverio y corrió de nuevo los cerrojos. Después de dirigir una tímida mirada en torno suyo, vaciló algunos instantes y, por último, lanzóse a la calle, cerrando tras sí la puerta.

Incierto del camino por donde debería huir, miró a derecha e izquierda; pero recordando que los carros al salir de la ciudad, subían penosamente la colina, tomó la misma dirección, y atravesando los campos, llegó a un pequeño sendero que comunicaba con la carretera, por la que empezó a caminar con rapidez.

Recordaba muy bien haber recorrido en otro tiempo aquel camino, cuando el señor Bumble fué a buscarle a la sucursal del asilo de mendicidad. Siguiendo en línea recta iba a parar a dicha casa, y a esta idea, latió su corazón con tal violencia, que estuvo a punto de volver atrás; pero ya había andado bastante; iba a perder mucho tiempo; y además, como era muy temprano, no había temor de que le viesan. Continuó pues avanzando.

Llegado a la sucursal, no vió señales de que sus pequeños habitantes estuviesen levantados aún: detúvose Oliverio, y lanzando a hurtadillas una mirada al jardín, vió a un niño que arrancaba las malas hierbas de un cuadro. Como precisamente en aquel momento levantara el niño su pálido semblante, Oliverio reconoció en él a uno de sus antiguos compañeros, y se alegró infinito de verle antes de alejarse. Aunque más joven que él, aquel niño había ido su amiguito, su compañero de juego: ¡juntos ha-

bían compartido los castigos, el hambre y los encierros!

—¡Chut! Dick, dijo Oliverio al ver a su amigo correr hacia la puerta y pasar sus bracitos a través de las barras para recibirle, ¿se han levantado ya?

—No, estoy solo, repuso el niño.

—Es preciso que no digas a nadie que me has visto, replicó Oliverio; yo me escapo porque me pegan y me maltratan, Dick. Voy a buscar fortuna lejos de aquí, tan lejos que no puedo decir donde. Pero ¡qué pálido estás!

—He oído decir al médico que voy a morirme, contestó el niño con una ligera sonrisa, y me alegro mucho de verte, amigo mío; pero no te detengas, no te detengas.

—¡Bien!, ¡bien!, exclamó Oliverio; mas no quiero despedirme de ti para siempre; estoy seguro de verte a ver, Dick, y entonces te encontraré feliz y contento.

—Yo seré feliz cuando me haya muerto, y no antes, replicó el niño; el médico tiene razón, Oliverio, pues muchas veces sueño con el cielo y los ángeles y otras dulces imágenes, que no veo jamás cuando estoy despierto. ¡Abrazame!, añadió, rodeando con sus brazos el cuello de Oliverio; ¡adiós, querido amigo, que Dios te bendiga!

Aquella bendición salía de la boca de un niño; pero era la primera que recibía Oliverio. En medio de las rudas pruebas, de los sufrimientos y de las vicisitudes de su vida, no la olvidó jamás.

CAPITULO VIII

Al llegar a las barreras, encontróse Oliverio en el camino real, y aun cuando no eran más que las ocho de la mañana y se hallase a cinco millas de la ciudad, corrió a ocultarse detrás de un vallado hasta mediodía por temor de que le persiguieran y cogiesen. Entonces se sentó junto a un poste, y comenzó a pensar por primera vez, dónde debería ir para ganarse la vida.

El poste junto al cual se había sentado Oliverio, indicaba con grandes caracteres hallarse a setenta millas de Londres, nombre que sugirió al niño una nueva serie de ideas. ¿Iría a Londres, a esa inmensa ciudad, donde nadie, ni el mismo señor Bumble, podría descubrirle? Con frecuencia había oído decir a los viejos indigentes del asilo que un muchacho listo no se quedaba jamás sin ocupación en Londres, y que había en aquella gran ciudad infinitos medios de existencia. Aquél era pues el lugar más conveniente para un muchacho sin asilo, destinado a morir de hambre en la calle si no se le socorría. Aborto en esta idea, levantóse y continuó su camino.

Anduvo cuatro millas más sin pensar en lo que habría de sufrir antes de llegar al término de su viaje; pero como le ocurriese esta reflexión, acortó el paso y comenzó a meditar sobre los medios de llegar a Londres. Llevaba en su pañuelo un pedazo de pan, una mala camisa, dos pares de medias, y en el bolsillo un penique que le había dado Sowerberry después de cierto entiero en que se distinguió más que de costumbre. Es cosa muy buena, pensaba Oliverio, tener una mala camisa blanca, dos malos pares de medias y un penique; pero este no es suficiente recurso para recorrer sesenta y cinco millas a pie, y en invierno. Oliverio tenía, como muchos jóvenes, una inteligencia clara, y era ingenioso para descubrir las dificultades, pero no para vencerlas, y así fué, que no hallando solución a lo que buscaba, después de reflexionar mucho, echóse su hatillo al hombro y dobló el paso.

Aquel día anduvo veinte millas sin comer más que un pedazo de pan y beber algunos vasos de agua que le dieron por el camino, a la puerta de las casas. Por la noche entró en una pradera, y acurrucándose en un montón de heno, resolvió aguardar allí la llegada del día. Al oír silbar el viento en la desierta campiña, no pudo menos de experimentar un sentimiento de temor; tenía frío y hambre, y hallábase más malo que nunca; pero el cansancio del camino le hizo conciliar pronto el sueño y olvidar sus penas.

Al levantarse por la mañana, sintióse entumecido por el frío, y tenía tanta hambre, que gastó su penique en comprar pan en el primer pueblo que halló

al paso. Aun no había recorrido doce millas cuando la noche le sorprendió de nuevo; sus pies estaban hinchados, y sus piernas tan débiles, que apenas le podían sostener; una noche más al sereno acabó de agotar sus fuerzas, y cuando quiso continuar su camino a la mañana siguiente, apenas pudo arrastrarse. Resolvió, pues, aguardar a un lado del camino, esperando que pasase una diligencia para pedir limosna a los viajeros de la imperial; pero nadie le hizo caso. El pobre Oliverio quiso seguir el coche, mas no le fué posible; agobiado por el cansancio y lastimados los pies, tuvo que detenerse mientras la diligencia se alejaba dejando tras sí una nube de polvo.

En distintos lugares se veían grandes cartelones, al lado del camino, en los cuales se anunciaba que todo mendigo sería reducido a prisión; este aviso asustó tanto a Oliverio que se alejó en seguida muy de prisa. Ya lejos, se paró delante del patio de una posada contemplando a los que entraban y salían de ella, hasta que el dueño dió orden a uno de los postillones para que alejase al chico sospechoso que permanecía alrededor de la casa, sin duda con la intención de robar alguna cosa. Si pedía limosna a la puerta de alguna granja, de diez veces las nueve le amenazaban diciéndole que le echarían el perro; si metía la cabeza en alguna tienda le regañaban desde el mostrador, y al oír esto no sabía dónde acudir.

Sin el buen corazón de un guarda y la caridad de una anciana, los sufrimientos de Oliverio hubieran concluido como los de su madre, es decir, hubiera muerto también en medio del camino. El guarda le dió un poco de pan y queso, y la anciana, que tenía un hijo marino, que se hallaba navegando en lejanos mares, se apiadó del pobre huérfano y le dió lo poco que tenía, acompañando su limosna con palabras dulces y buenos consejos y derramando tales lágrimas de compasión, que hirieron el corazón de Oliverio, tanto como sus mismos sufrimientos.

En la mañana del séptimo día de su partida, llegó paso a paso al pueblo de Barnet. Las puertas de las casas estaban todas cerradas, las calles desiertas y nadie iba aún a emprender su trabajo cotidiano. El sol salía radiante, pero su luz sólo servía al pobre niño para hacerle ver todo el horror de su miseria y de su soledad; cubierto de polvo y con los pies ensangrentados, sentóse a descansar sobre los helados peldaños de una escalinata.

Poco a poco las ventanas se abrieron, las cortinas de las mismas fueron levantándose y empezaron a circular varios viajeros. Algunos de ellos se detenían un momento para contemplar a Oliverio, o le miraban rápidamente al pasar por su lado; pero nadie le socorría ni se tomaba la pena de preguntarle cómo había llegado allá; no tenía el corazón de mendigo y permanecía inmóvil y silencioso.

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Pavo asado

El pavo, para que resulte bien asado, ha de ser tierno, joven y estar bien cebadito. El tamaño grande no significa bondad de carne. Colocada el ave en el asador, albardada con hojas de tocino y envuelta en papel engrasado, se asará muy lentamente y durante bastante tiempo, para que toda ella se pase bien. A media cocción se quitan el tocino y el papel para que tome color el pavo, y se espolvorea con sal nada más, mojándolo de continuo con su propia grasa. Se sirve muy caliente, al natural, echándole por encima el jugo perfectamente desengrasado.

Solomillo de cerdo con puré

Se toma un kilo de solomillo, se sazona de sal y pimienta y se pone a rehogar con manteca. Cuando está bien dorado se le añade un kilo de cebollas blancas, que sean dulces, cortadas a ruedas muy finas, procurando poner la mitad de la cebolla debajo de la carne y la otra mitad encima; se tapa la cacerola y se pone al horno. Cuando la cebolla está bien cocida se reduce a puré y se sirve guarneciendo el solomillo.

Conejo esparrillado

Se abre a lo largo, después de destripado, y aplanándole con el machete, se le pone en la parrilla, envuelto en una hoja de papel dado de manteca. Cuando está a punto, se quita el papel para servirle, y se mezcla con hierbas finas o con manteca de anchoas.

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDO, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

POR EL ILMO. SR. DOCTOR

D. VICENTE DE LA FUENTE

Ilustrada con 22 bellísimas cromolitografías y 15 láminas grabadas en madera entresacadas de la soberbia colección que dibujó para la *Sagrada Biblia* el eminente Gustavo Doré

Entre las cromolitografías que ilustran el segundo tomo, figuran varias con la reproducción exacta de las sagradas imágenes de *Nuestra Señora de Monserrat*, de la *del Pilar de Zaragoza*, de la de los *Desamparados de Valencia*, y otras muchas de preferente devoción en las comarcas españolas.

Dos tomos en folio ricamente encuadernados, al precio de 100 PESETAS ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN.-EDITORES



ANEMIA
DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que
el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina
CURAN SIEMPRE

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA

POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el
El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Existe el Verdadero 14.R. Beaux-Arts, Paris.



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas—Su precio 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a 5 pesetas uno.



LAS DOS RANAS

Las Fábulas de Esopo

Traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, etc., etc.

Precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de noticias biográficas de los autores citados, por **Eduardo Mier**

COLECCIÓN COMPLETADA CON LAS

Fábulas de Gotardo Efrain Lessing

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN POR

D. Juan Eugenio Hartzenbusch

Lujosa edición en un tomo profusamente ilustrado con grabados intercalados en el texto, láminas aparte y encuadernado en tela.—Su precio 18 pesetas.

Queda un número reducido de ejemplares de la última edición.